

IRVING LOUIS HOROWITZ

LOS TRABAJOS INCONCLUSOS DE C. WRIGHT MILLS:
LA ÚLTIMA FASE

Irving L. Horowitz es profesor asociado de Sociología en la Universidad Washington de San Luis. En la actualidad está ocupado en la edición de un volumen conmemorativo (*La nueva sociología: Ensayos de teoría social y valores sociales en honor de C. Wright Mills*), que será publicado en este año.

TODO ESFUERZO encaminado a una *reconstrucción* intelectual, que es precisamente la naturaleza del comentario, está destinado a ser incompleto y selectivo. Considerando las dificultades acumuladas, inherentes a la *construcción* intelectual —presentar en forma sistemática materiales dejados de manera incompleta—, el resultado neto deberá ser visto propiamente con escepticismo. Esto parecería particularmente cierto en el caso de C. Wright Mills cuyo punzante estilo (inventiva de palabras y empuje ideológico, pueden, con dificultad, ser adecuadamente reflejados en cualquier breve ensayo sobre su obra incompleta. Pero también tengo la convicción, a la cual llegué después de una debida deliberación, que esas *letzte gedanken* representan en forma inicial una dimensión realmente nueva y significativa de su obra. Es así como se ofrece este ensayo con una mezcla de inhibición y orgullo, inhibición que nace del conocimiento de que este material habría estado mejor en su forma final, y orgullo de tener la oportunidad de presentarlo a un público interesado.

Es molesto darse cuenta de cuántos comentarios y revisiones recientes de la obra de Mills lo han tratado más como una personalidad excéntrica que como un estudioso. . . Algunas de esas relaciones son algo más que *chroniques scandaleuses*, destinadas más a aquellos interesados en “reminiscencias íntimas” propias para tabloide, que el público más general y técnico interesado genuinamente e influido por la obra de Mills.¹

¹ Es obvio que los comentaristas sociológicos más responsables que hicieron declaraciones a la muerte de Mills, están exentos de las observaciones arriba hechas.

El filósofo Hegel dijo bien cuando observó el vasto golfo que existe entre la *verdad subjetiva*, la verdad del momento privado y la *verdad objetiva*, la verdad del juicio histórico. Menospreciando a los demás, Mills permaneció convencido del benéfico poder de la ciencia social. Su compromiso intelectual sufrió una expansión considerable durante los veinte años que trabajó como "profesional", pero fue una expansión dentro de la "ciencia de la sociedad". Si hay alguna duda sobre la veracidad de esta aseveración, entonces el siguiente examen ayudará a despejarla, y al mismo tiempo, a separar al estudioso que él era del hechicero que decían que era.

Paradójicamente, el estudio que Mills había construido con el máximo cuidado al momento de su muerte, también tiene el peor acabado. El título intentado que Mills le dio a su obra, *Soviet Journal: Contacting the Enemy*, fue el producto de sus entrevistas con las personalidades dirigentes de la vida política, educacional y educativa en Rusia. El libro es en verdad un intento de ir más allá en aspectos de refinamiento sociológico y de forma literaria de lo que pudo lograr en *Listen, Yankee!*, o en *The Causes of World War III*. El *Soviet Journal* iba a ser escrito en forma dialogada, con un espectro de tipos ideológico-políticos que iban desde un conservador político, un liberal moderno, un comunista soviético, un socialista fuera del bloque, hasta un americano radical independiente (que era Mills).

Al momento de su muerte en 1962, Mills había llegado a pintar un retrato colectivo de los varios oficiales rusos que había conocido y con quienes había conversado durante abril y mayo de 1960. Todo lo que está registrado completamente es el conjunto de respuestas que los oficiales rusos dieron a sus preguntas. Y aun cuando los respondientes soviéticos hicieron interesantes observaciones de la vida bajo el régimen de los bolcheviques post-estalinianos, más importante es la técnica del cuestionario, el formato dialéctico y las observaciones de la conducta política e intelectual rusa. Mills estaba lo más ansioso de continuar con su teoría de las *élites* políticas. Y mientras habla de la *élite* soviética, menciona también las dificultades para recoger la información sobre dicha *élite* exclusivamente de los datos de la entrevista:

La *élite* soviética está estrechamente identificada con ella y siente su identificación hondamente. Este es el caso, muy concebible, porque en algunos puntos es la verdad a secas. Muchos de ellos *están* entre la *élite* del poder, muchos otros están en ceñida relación con ella, y la mayor parte de ellos sienten que están conectados con ella. Hay muchas líneas de comunicación y canales a sus centros disponibles.

Concluía este tema de la *élite* soviética con una modesta interrogante: "Me llevó alrededor de treinta años de trabajo intelectual para comenzar a diseñar una imagen de los Estados Unidos, que yo creo que es adecuada y razonable. Este es un país en el que he vivido la mayor parte de mi vida. Entonces, ¿por qué creo yo que en dos o tres años de estudio y de un corto viaje puedo disertar sobre la sociedad soviética?" Pero disertó.

Mills aprovechó la ocasión para clarificar muchos detalles de método. Fue incisivo cuando dejó al desnudo la falacia esencial de la concreción errada que tozudamente busca el empiricista. En su "Note on Method" hizo cuatro proposiciones que son características y aun filosóficamente más profundas que aquellas que expresó en *Sociological Imagination*: 1ª No es posible ocuparse con la realidad empírica sin hacer uso de la abstracción. Uno no puede vaciar su cabeza y ver qué es qué. Aun los enfoques más fanáticos son expuestos en el nombre del hecho o se suponen ser evidentes por sí mismos. Para seleccionar lo que uno observa y el uso que de ello haga, entonces, hay significados, abstracciones y no simplemente hechos. 2ª La supresión de las abstracciones únicamente significa que serán contrabandeadas como proposiciones generales entre observaciones detalladas y anécdotas. 3ª No es posible hacer observaciones significativas o entrevistas de corta duración sin un conocimiento de historia reciente. Lo que uno ve no aparece ahí repentinamente. Al menos parte de su significación descansa en su desarrollo. Y todo el conocimiento histórico es abstracto; inferencias con respecto a los hechos pasados a partir de signos residuales e informaciones. 4ª Al observar una sociedad, o alguna característica específica de la misma, inevitablemente uno la compara con otras sociedades conocidas, especialmente la propia. Y esto no solamente es fuente de normas para la percepción, sino también de autopercepción. Entonces, es crucial para un entrevistador poner en claro a sí mismo y a los otros, qué normas comparativas serán usadas durante la entrevista. La presentación final que Mills hace de este apartado es diáfana.

El resultado final es el siguiente: La referencia a observaciones de primera mano es meramente un instrumento de persuasión —para utilizarlo con otros o con uno mismo—. Cuando alguien confiesa haber cambiado las ideas que tenía acerca de la sociedad rusa a causa de observaciones de primera mano, esto significa que han cambiado sus abstracciones, fanáticas o no, con las cuales guían sus observaciones. Todas las observaciones sobre la vida de un país, con excepción de las hechas por locos o niños, son de segunda mano. Son las abstracciones las que guían las observaciones que cambian, y este cambio es debido en menor grado a cualquier ob-

servación de primera mano que a muchas otras y menos tangible a influencias —incluyendo los cambios de estilo intelectual y político que se operan en los círculos domésticos.

La porción más fascinante del *Societ Journal* es la menos elaborada, a saber: las observaciones sobre la sociedad rusa, la política comunista y las directrices para las relaciones americano-soviéticas futuras. Constantemente en esta obra, Mills insiste en su posición de "independencia intelectual". Así como en las *ventajas* de no estar ligado con la política del ala izquierda en los años treinta, o con la literatura comunicista norteamericana del periodo postbélico. Está claro que hizo suya con seriedad la creencia de Mannheim acerca de una sociología política no ideológica. Su actitud vigorosa de independencia política es atribuida a un accidente de nacimiento y creencia —Tejas y Pragmatismo—. Su repulsa manifiesta para la literatura comunista en los Estados Unidos, la atribuía con simpatía al sentido común. Las observaciones de Mills no pueden ser consideradas "refinadas" en ningún sentido oficial marxista del término. Pero, probablemente debido a su educada "inocencia", su obra presenta un extraordinario grado de frescura e individualidad. Hasta cierto punto, Mills daba como un hecho el refinamiento. Creyó que Isaac Deutscher y E. H. Carr habían realizado la obra esencial y proveyeron los enfoques básicos de la naturaleza de la sociedad soviética: el papel de la *élite* del partido, la naturaleza cambiante de Rusia bajo el impacto de la industrialización, la función de las represiones en los años treinta y la disfunción de la misma clase de represión en los cincuenta, etc. Sin embargo, no es simplemente a través de una confirmación del trabajo de Deutscher y Carr, como Mills ingresó en la esfera de la "Kremlinología". Sus observaciones sobre los aspectos sociológicos de las relaciones del poder soviético y sus escalas de prestigio son únicas y logradas independientemente.

El interés inicial de Mills era producir una monografía sobre "The Parallel: U.S. and U.S.S.R." (El Paralelo: E.U.A. y U.R.S.S.). La cual no implica un inventario mecánico de similitudes compartidas por ambas naciones en virtud de sus orientaciones industrial-tecnológicas. Mills se daba cuenta de la enormidad de las diferencias históricas entre ambas. Pero sentía "que nada es tan claro como la aceleración de la Historia en nuestro tiempo, junto con la nueva configuración mundial que hace a menudo irrelevantes los factores históricos frente al desarrollo consciente". El "Paralelo" era "dialéctico". Ambas grandes potencias contemporáneas están ahora orientadas frente a frente, en actitud de combate. Y este mismo hecho significa que su organización para tal guerra total obliga a cada una de ellas a recurrir a formas similares de organización total.

La evaluación de la sociedad rusa que hizo Mills, era en su mayor parte detectada a través de los sentidos y sensibilidades de los intelectuales. Cuando discutían sobre su propia sociedad, los rusos intelectuales eran optimistas; veían que la *teoría* del desarrollo futuro iba delante de los *hechos* y limitaciones del presente. Los rusos tienden a amasar el presente y el futuro, real y potencialmente. A las observaciones críticas de Mills en lo referente a cómo la sociedad soviética *está* bajo Jrushov o *estuvo* bajo Stalin, siempre se les salió al paso con el argumento de que los problemas actuales, tales como la producción agrícola o el impacto de la represión estaliniana en el pasado, serán resueltos, en el primer caso, por un nuevo plan, y, en este último caso, mediante un fortalecimiento del liderato colectivo. Unas críticas recurrentes que Mills sobre la sociedad soviética es su énfasis jesuítico puesto sobre la colectividad, la denigración del logro y responsabilidad individuales y su falta de interés real por los no rusos. Esto se observa en el siguiente diálogo con un editor de periódicos ruso:

MILLS.—Las cuestiones marxistas; ¿hay alguna después de Lenin?

RESPUESTA.—Como ciencia, el marxismo siempre ha crecido y continuará creciendo.

MILLS.—¿Pero me dará un ejemplo?

RESPUESTA.—En el XX Congreso: primero, la lucha por la paz, ningún fatalismo acerca de la guerra; segundo, la tesis de coexistencia pacífica.

MILLS.—Esas son políticas, no teorías. Dejar o no caer una bomba es una política y no importa quién la haga. ¿Algo sobre la teoría del poder Estatal?

RESPUESTA.—Las políticas no son simplemente asuntos prácticos sino teóricos, y como tales se debaten.

MILLS.—El asunto de la coexistencia pacífica ¿involucra una revisión de los enfoques leninistas?

RESPUESTA.—No revisión, sino desarrollo. El mismo Lenin previó tal equilibrio como posible. . .

MILLS.—¿Cuál cree usted que sea la perspectiva para una acción política de los asalariados en los países capitalistas desarrollados?

RESPUESTA.—No puedo pensar por ellos.

MILLS.—Sí, pero usted es un periodista. Piense acerca de ellos, o adopte una postura desnuda de teoría.

RESPUESTA.—El progreso de ellos dependerá del desarrollo de la organización de los asalariados y de su conciencia de clase. Yo no puedo resolver esos problemas de Europa Occidental. No soy especialista en la clase trabajadora. Usted sabrá más que yo.

MILLS.—Sí, parece que conozco mucho más. Aún más, yo no soy perico cuando contesto. En la tierra de octubre, quiero obtener una

expresión más amplia y variada de la opinión acerca de tales asuntos. Y lo que recibo son respuestas acerca del tamaño estadístico, una especie de gigantismo...

Este etnocentrismo tan amplio molestaba a Mills. Sentía que muy pocos estudiosos soviéticos sabían —y a un grupo aún menor le interesaba— acerca de modelos alternos de desarrollo social, o de la verdadera situación de las masas en sociedades capitalistas avanzadas. Y ya que la sociedad soviética había “abolido las clases” y, por lo mismo, solamente los problemas de clases eran reconocidos como auténticos, Mills simplemente no pudo hacer que sus informantes discutieran razonablemente aspectos de estratificación basada en el poder, partido, burocracia y prestigio.

Al discutir la política comunista, Mills raramente dejó pasar la oportunidad de introducir el nombre y las obras de León Trotsky —mitad para incomodar y mitad para informar—. La descalificación de Trotsky por parte de esos que ni siquiera habían leído su obra, enfurecía a Mills —particularmente porque tales descalificaciones provenían usualmente de los académicos soviéticos más altos—. Tenía en alta estima a los escritores y ensayistas, como a los cuadros políticos e intelectuales oficiales, y creía que “hacían tanta sociología como los sociólogos”. Finalmente tuvo que ceder y no continuar más en una veta de preguntas (nada menos que en teoría marxista!), porque había tanto bloqueo que sólo por excepción obtenía un buen conjunto de respuestas.

Si usted ataca a Stalin, ellos lo defenderán. Si usted considera que hay cambios de principios, ellos lo negarán. Es mejor enfocar primero sobre nuevos comienzos de dos implementaciones de principios eternos: una cosa que nadie criticará es el Partido —puede cometer errores, pero está prevista la auto-corrección—. Los norteamericanos dicen lo mismo acerca de la democracia, tratando sus instituciones muy por arriba de las críticas estructurales. El lema soviético bien pudiera ser: “Mi partido, acierte o falle; pero finalmente acertará.”

El aparato del Partido Comunista fue descrito con gran detalle. Mills notó que los cuadros comunistas estaban tan ceñidos y sensibilizados con respecto a las presiones populares que en verdad era más abierto y había mayores posibilidades de circulación que lo que pudiera indicar el control político comunista. La autodefinition del aparato del partido como una garantía de la voluntad popular, funciona (al menos en la era de Jrushov) para vigorizar las defensas jurídicas del pueblo. Pero para su interés continuo sobre el stalinismo, Mills recibía respuestas cuidadosamente defendidas sobre el “deterioro de la legalidad”. Nadie deseaba considerar la

posibilidad de que era necesario cierto tipo de reforma estructural de la maquinaria del partido para asegurar un gobierno popular en Rusia. Entonces, tanto en materia de la sociedad soviética como en asuntos de política, los informantes que Mills tuvo estaban demasiado listos para decir que el antagonismo entre el Estado y el Ciudadano había sido borrado al borrar el "estado burgués". Por lo tanto, los problemas entre la masa y la *élite*, individual y colectiva, gobernante y gobernado, también habían sido eliminados por el *fiat* burocrático. Y siempre el "amasijo" soviético parecía estar entre las realidades ásperas presentes y la visión de un futuro afluente y placentero.

Al trazar las directrices para futuros diálogos entre hombres de conocimientos de la Unión Soviética y de los Estados Unidos, Mills entraba recién en su elemento. Porque si bien el optimismo soviético, actitud halagüeña acerca de futuro gigantismo y colectivismo, genuinamente iba en contra de su visión de una "cuarta época", también era cierto que él veía que el optimismo, *bouyance*, colectivismo, etc., funcionaban positivamente con respecto a las agencias soviéticas de poder y a las metas de la sociedad. En cuanto a los "hacks" comunistas, ya fueran de una variedad doméstica o importados de los Estados Unidos (quienes coincidieron en Moscú durante la estancia de Mills), nada podía ser hecho. Aunque no eran verdaderamente significativos para configurar la política, ya fuera en los Estados Unidos o en Rusia. Mills apuntaba sus baterías principalmente a los intelectuales que contaban. Los intelectuales rusos serios explicaban al estalinismo, los límites de la libertad bajo la planificación, la función política de la coerción, en una forma que recordó a Mills a Deutscher, Carr y Rostow en Occidente. Tal explicación resultaba fría y razonada —probablemente demasiado.

Mills fue más allá del caso frecuentemente escuchado de la convergencia funcional entre los dos gigantes del mundo. En realidad, él dijo que "las diferencias entre ambos son muy grandes. En mi libro sobre *Las causas de la tercera Guerra Mundial* y en las lecciones de B.B.C. (cf. *Power, Politics and People*), no las acentué suficientemente. También acusó a los publicistas norteamericanos y soviéticos de sobresimplificaciones burdas. El mismo concibió tal problema capital en términos de visiones alternas de la libertad:

En primer lugar, la misma concepción de libertad que cada uno sostiene es una concepción muy diferente con respecto a la sostenida por el otro. Segundo, los mecanismos y las formas de libertad, tal como ahora son, difieren bastante entre ellos. Tercero, más aún, la concepción soviética de libertad está siendo interpretada como un estado de negocios que

se están realizando completamente; que ha sido violado durante la era estalinista es una cosa que está siendo aceptada más y más por los publicistas soviéticos. Cuarto, nuevos comienzos, en lo referente a la libertad, significan a los rusos una realización más amplia de los ideales del comunismo. Para el publicista norteamericano, significa una ruptura con el régimen, una oposición política e ideológica al marxismo-leninismo. Esta idea es con mucho ilusoria. Aliméntase de incidentes que no son vistos como importantes por los intelectuales soviéticos.

Soviet Journal era un informe, una revisión de la "realidad nacional". Nada hay ahí sublevante o impresionante, nada indica que Mills estaba desencantado o delirante con lo que había observado o con los hombres con quienes conversó. Él conservó los golpes más incisivos para los dogmáticos y sus comentarios más gentiles para las mujeres, niños y para los escritores creativos. Y si la Unión Soviética había pasado por el subdesarrollo, desarrollo sostenido y sobredesarrollo, los Estados Unidos crecientemente habían llegado a representar la sobredesarrollada sociedad "afluente" pura y simple. El lema intelectual norteamericano del final de la ideología era simplemente una reflexión de la opulencia disfrazada como ciencia social.

Se ha hablado del fin de la ideología y también ha sido aceptado desde los cincuentas. Significa, antes que nada, una declaración de la pérdida de una concepción y fe en cualquier forma de socialismo. Atrás de ello se encuentran dos hechos: a) La baja calidad y la ausencia de reflexión política en los Estados Unidos y en el Occidente en general; y b) Significa también el hecho de la indiferencia política y la ausencia de movimientos políticos o siquiera demandas por parte de la masa, especialmente trabajadores asalariados. Estas son ideas provincianas y flácidas, y desde un punto de vista panorámico, tanto como de uno restringido, se basan en una noción muy superficial acerca de lo que sucede en el mundo y en los Estados Unidos. No es un análisis de estructura política y tendencia, ni siquiera del carácter y orientación de la ideología. Y en el escenario mundial, el problema no es la Ideología de los Estados Unidos contra la Ideología Soviética, sino la confrontación es: La Ideología Soviética contra una inexistente de los Estados Unidos.

Soviet Journal, a pesar de ser ostensiblemente una continuación de estilo popular iniciado con *Listen Yankee* y *Causes of World War III*, es, visto con mayor profundidad, una extensión de su obra *The Cultural Apparatus* (cuyas partes completas fueron publicadas en *Power, Politics and People*). Mills veía a los Estados Unidos como una parte de la "sociedad sobredesarrollada", una sociedad en la cual el nivel de vida dominaba el

estilo de vida, y una sociedad en la cual sus integrantes estaban poseídos por el aparato industrial y comercial. Precisamente por su atraso, Mills encontraba difícil ubicar a la Unión Soviética dentro de este cuadro de la Cuarta Época. Y de hecho, tendía a ver a la vida rusa enfrentándose a problemas de país subdesarrollado (en los cuales el enfoque de vida está aún dirigido a la subsistencia económica), la sociedad propiamente en desarrollo (en la cual las decisiones acerca del nivel de vida están tomadas en términos de selecciones debatidas entre estilos de vida cultivados), y las ya citadas propiedades sobredesarrolladas, a las cuales los rusos se adentraban ya. Esto reflejábese asimismo en los intentos soviéticos de conquistar el espacio, mientras que dejaba sin solución tareas más prácticas de libertad política y abundancia agrícola. En las vastas extensiones del campo, Mills observó lo suficiente para darse cuenta de que para la masa rusa el aparato económico y la búsqueda de una subsistencia permanecían dominantes. Y en la actividad de las varias ramas de aparato cultural soviético, Mills vio el esfuerzo genuino hacia un desarrollo justo; en el sentido de Mills, un engrandecimiento de opciones y de posibles selecciones dispuestas a ser inspeccionadas, discutidas y finalmente decididas. En el aparato político, Mills vislumbró la naciente evolución de una máquina burocrática enorme por su tamaño y cerrada de mente. Por lo tanto, él no consideró el estalinismo, como muchos occidentales lo hacen, como ilustrativo de subdesarrollo, ni como *continuum* zarista; sino como sobredesarrollo de una sociedad cuyos miembros dirigentes estaban poseídos por un aparato industrial, y quienes estaban dispuestos a todo con tal de proteger su inversión para el futuro —aunque ello significara obscuridad en el presente. La obra de Mills sobre la estructura social soviética hubiera sido la piedra angular para sus trabajos más visionarios sobre *The New Left*, y una *Comparative Sociology*.

The New Left abrió los cauces de la inspiración de Mills y sus esfuerzos previos. Una fuente fue el trabajo originalmente contemplado y diseñado como *The Cultural Apparatus*. Este trabajo iba a completar el estudio de Mills sobre la estratificación social en los Estados Unidos. Parecía lógico que después de *New Men of Power* (sobre la clase trabajadora), *White Collar* (un estudio de las clases medias) y *Power Elite* (un estudio de las clases gobernantes), debería hacerse un examen de los intelectuales en los Estados Unidos. Anuncios de esto eran palmariamente evidentes en la concentración de Mills en los niveles de educación entre los trabajadores, el papel del profesionalismo en la solidificación de las nuevas clases medias, y el análisis de las variables culturales dentro de la *élite* del poder. Entre 1948 y 1956, ciertas formulaciones teóricas amplias fue-

ron hechas por él —siendo una de las principales una visión mundial de las tareas de la ciencia social—, y, por lo mismo, el contexto mundial en el cual las ideologías, así como los intelectuales, estudiosos y consejeros políticos, operan. La formación de opinión vino a ser considerada como una expresión institucional generalizada de las fuerzas culturales, y de ideologías y estilos científicos como tales.

Mills siempre consideró como de primera importancia el papel de las ideas en la vida social. Tal se demuestra, desde un principio, en su disertación sobre el pragmatismo y la sociología, la cual es verdaderamente un intento de resumir en términos de sociología del conocimiento el pragmatismo filosófico en Norteamérica. En su *Sociological Imagination*, Mills “arregló cuentas” con las tendencias dominantes en la sociología norteamericana. Mientras que en *The Marxists*, ofrecía no solamente una cuenta detallada de los varios estilos del marxismo, “Victoriano”... “Dentro del bloque”... “Fuera del bloque”, etc., sino también una descripción del aparato cultural tal como operaba en el sector socialista del mundo. Es importante notar que Mills intentaba reconciliar la tradición clásica de la sociología con nuevos estilos de organización industrial y tecnológica originados por el socialismo. Sociología y Socialismo, por mucho tiempo irreconciliables al nivel teórico, estaban a punto de embonar en aras de la creación de una teoría social más viable y de una práctica social de mayor significación.

El propósito de *The New Left*, por lo tanto, era ofrecer un resumen sintético de la sociología política como tal —en la cual los factores ideológico-intelectivo-científicos proveyeran el sistema sanguíneo, a través del cual la creciente marea de la revolución mundial pudiera fluir. Mills concedió gran importancia al papel de las ideas en un mundo de acción. El hecho que Mills entendió bien era que no había “nueva izquierda” solamente viejos fútiles y cínicos jóvenes. *The New Left* era un acto al nivel de bosquejo. Las resonantes palabras de Mills difícilmente pueden encubrir la prescripción moral subyacente en sus descripciones políticas:

No podemos crear una izquierda abdicando nuestros papeles como intelectuales para convertirnos en agitadores de clase o políticos mecanizados, o representando un papel en otras formas de acción política directa. Podemos empezar a crear una izquierda confrontando asuntos en nuestro trabajo como intelectuales. En nuestros estudios sobre el hombre y la sociedad deberemos utilizar las comparaciones en escala mundial... Deberemos hacerlos así con todos los recursos técnicos bajo nuestro dominio, y deberemos hacerlos así desde puntos de vista que estén genuinamente desligados de cualquier envoltura o celebra-

ción nacionalista. Debemos volvernos internacionalistas de nuevo. Para nosotros, hoy día, esto quiere decir que, personalmente, debemos rechazar el pelear en la guerra fría. Que nosotros, personalmente, debemos intentar ponernos en contacto con nuestros oponentes en todos los países, sobre todo con aquellos de la zona sino-soviética. Con ellos deberemos hacer nuestra propia paz por separado. Entonces, como intelectuales; y por lo mismo como hombres públicos, deberíamos actuar y trabajar como si esta paz —e intercambio de valores, ideas y programas en que tales consisten— es la paz de cada uno, o como debería de serlo.

Este reclamo directo recuerda la llamada de Williams James a *Les Intellectuelles* para que se agruparan en contra de la Guerra de 1898. Pero más importante es que uno puede ver que *The New Left* era el puente del *Soviet Journal* de Mills (cuyo subtítulo de “contacto con el enemigo” es exactamente lo que Mills quiso decir por “ponernos en contacto con nuestros oponentes”) a la *Comparative Sociology*, que no es menos de lo que él pretendía realizar para hacer de la sociología objeto de “comparaciones en escala mundial”.

El título de *The New Left* puede dar una impresión inicial de extrañeza, porque no existía tal fauna en la escena norteamericana. Esto, más aún, parece ser peculiarmente sectario para un trabajo que intentaba ser la llave en el esfuerzo de Mills para forjar una sociología política. Pero ambos tipos de objeciones eran forzosamente apareados por Mills. En primer lugar, *The New Left* era un factor político significativo especialmente en América Latina, Asia y África —el tercer mundo—. Y el hecho de que los Estados Unidos y sus hombres de estudio estuviesen tan lentos en reconocer su importancia y significado, solamente le indicaba a Mills un delito de nuestra parte, una falta de agallas. La creciente marea de una tercer guerra, el estancamiento del liberalismo oficial en el mundo capitalista occidental y la fisura del monolito soviético en el mundo socialista, la polarización de la economía a lo largo de la línea del “tiene” y “no tiene”, aumentaba las posibilidades de crecimiento de nuevas formas de pensamiento no menos que nuevos estilos de economía y sociedad; todo esto anunciaba el surgimiento de una nueva izquierda.

En segundo lugar, *The New Left* no era sectaria, porque era la tradición radical la que daba cuerpo a la corriente principal de la democracia occidental. Mucho del espíritu de J. L. Talmons en *The Origins of Totalitarian Democracy*, compartió Mills cuando identificó al socialismo marxista, con todo y sus distorsiones grotescas históricas, como el embonamiento teórico de esta movilidad socio-política de izquierda.

El marxismo concretiza la tradición de Occidente. Contiene sus ideales, y más aún, en él, esos ideales están puestos en conexión estrecha con un conjunto de condiciones bajo las cuales, se piensa, podrían ser realizados. Es por eso que es más valioso y difícil criticar al marxismo que criticar al liberalismo. El marxismo contiene lo más valioso del liberalismo: el humanismo secular de la Ilustración. Pero, a la vez, el marxismo como teoría está más cerca y directamente más relevante a las realidades de nuestro tiempo. Hay más realismo y menos ofuscación en su teoría —aunque, por supuesto, el liberalismo y el marxismo contienen dosificaciones considerables de ambos.

La idea de la nueva izquierda no es una investigación bizantina o un buen deseo, sino un intento para caracterizar las tendencias principales en el complejo políticosocial tomando los elementos centrales. Para Mills, mientras exista, el hombre político será un “hombre de izquierda”. Y es precisamente el hombre no político quien permanece bajo el peso de la retórica, quien permite que su pensamiento se deteriore en lemas huecos acerca de la buena, tanto como la privada, y egoísta vida. La amenaza para una izquierda honrada no viene de un contraataque conservador, sino del cansancio e insatisfacción colectivas que han agarrado a nuestra sociedad afluente.

(Después de la segunda Guerra Mundial, Europa estaba agotada; la izquierda europea estaba tan exhausta que repetidamente desde el fin de la guerra, se nos ha dicho por camaradas fidedignos de esa península de Asia, que es rumbo a Norteamérica donde ellos creen que deben ver para encontrar la iniciativa de un nuevo principio de la izquierda.) En vista de nuestra propia situación política, este llamado parece trágico y patético. Nuestra responsabilidad para con ellos es grande, y no podemos fallar al hablar por ellos —por los ideales que ellos han servido hasta la muerte— como ellos lo han hecho por nosotros. No podemos fracasar al aplastar nuestras pequeñas rutinas y volvernos políticos de manera amplia que integra a la conciencia política con la vida diaria y dentro del mismo estilo con el que nos desgastamos. Pero no parecemos capaces de tomar la iniciativa. La mera forma en que vivimos ha estropeado nuestra capacidad para la exasperación. Nos hemos cansado antes de haber hecho algo y antes de que algo nos hubiese sido hecho por ningún enemigo explícito. Nunca hemos declarado la guerra como verdadera izquierda norteamericana. No hay izquierda norteamericana.

En una forma naciente una buena porción de *The New Left* puede encontrarse en los siete capítulos que Mills escribió para *The Marxists*. La naturaleza de las ideologías e ideales, las causas para la declinación de la

vieja izquierda, el colapso de la ideología liberal en la retórica, la absorción de elementos marxistas al liberalismo, la absorción de elementos liberales al marxismo, la fuerza teórica y debilidad del marxismo como herramienta de movimientos revolucionarios modernos, y la vacuidad del liberalismo en relación con los problemas de nuestras naciones emergentes. Otros materiales también pueden encontrarse en *Power, Politics and People*. Ahí se encuentra la crítica de Mills del fin de la tesis de ideología, su enfoque del ocaso de la vieja izquierda, y el surgimiento de una nueva izquierda menos el dogmatismo del estalinismo y la flacidez de la socialdemocracia, el carácter especial del desarrollo social, el modelo comunista, el modelo capitalista y las formas socialistas independientes, etc. Por lo tanto, concentrémonos en lo nuevo, o, a como dé lugar, lo que no puede ser encontrado en los escritos concluidos de Mills.

La energía intelectual de Mills era dirigida en forma creciente hacia una sociología política de relevancia histórica, algo que debería ir más allá del liberalismo que resultaba útil entre 1732 y 1848, y un marxismo que era igualmente útil durante 1848 y 1948. El liberalismo se desintegró después de las Revoluciones de 1848, porque las clases medias no podían cumplir sus promesas. Las verdades universales, la conciencia libre, el libre albedrío, todas se volvieron formas encubiertas del sistema capitalista y expansiones colonialistas. Similarmente el comunismo oficial, al mismo tiempo que culminaba con la liberación de las masas rusas del capitalismo, también desvirtuaba la porción humanística del marxismo y transformaba al gobierno del proletariado en un gobierno burocrático, a la asociación política en vida de partido, asociaciones voluntarias en pequeños núcleos terroristas. Así como el liberalismo angloamericano cayó cuando el socialismo se convirtió en un clamor mundial, también el bolchevismo ruso se derrumbó cuando el socialismo apareció como un clamor mundial. Lo que Mills erige en su manuscrito inédito *The New Left* es una arquitectura del socialismo como una ideología política, como una ética, y como una agencia institucional para promover el cambio. Un movimiento cosmopolita que es más amplio que cualquier nacionalismo ruso o norteamericano, que cualquier retórica del *laissez-faire* o el rencor del terrorismo.

Mills pregunta: ¿dónde estamos? Su réplica es un indicador del espíritu independiente con que se acercó a la tarea de Hércules de producir una corriente importante en la ciencia social y en la filosofía política. "Intento practicar la política de la verdad", escribe Mills. "Eso significa que yo determino con mis propios métodos lo que considero verdadero, lo que creo que es falso, y lo que pienso que es justo e injusto. También

significa que yo no doy lealtad incondicional a ninguna institución, hombre o Estado. Mis lealtades son condicionales de la política de la verdad, tal y como yo determine esa política en todos y cada uno de los casos." En relación con *The New Left*, esto significaba, en primera instancia, el ir más allá de la retórica de la guerra fría de Occidente y Oriente. Aunque la manera de hacer esto *sans* ideología, Mills no lo dice.

Estamos sin filosofía política adecuada para enfrentarse a la estrategia política del Bolchevismo, al Mensaje Ideológico del Marxismo, a la ayuda económica del bloque soviético. No hemos comprendido la seriedad de la crisis de la filosofía política porque no ha sido sentida como crisis dentro del mundo capitalista avanzado. Ya que debido a un número de accidentes geográficos y una buena suerte histórica, para no mencionar las relaciones de explotación con países menos desarrollados, especialmente los de Latinoamérica, los Estados Unidos no han experimentado ninguna crisis en filosofía política. El liberalismo ha sido lo suficientemente bueno. Pero si lo es para competir ventajosamente con el comunismo dentro de los Estados Unidos, y en la mayor parte de Europa Occidental, ahí es donde *la* competencia no se desarrolla. La histeria que hay en torno a *esa* más bien lastimosa competencia, y alrededor de los intercambios a larga distancia de retórica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, nos ha oscurecido el verdadero lugar de la competencia, del encuentro mundial. Ese lugar está a nuestro Sur y nuestro Este —en América Latina, Asia y África—. Ahí es donde ahora empezamos a ver los resultados de la crisis de nuestra filosofía política. Y si nosotros apreciamos, como decimos hacerlo, los ideales de la civilización occidental, entonces debemos ver que ésta es una crisis no solamente de nuestra filosofía política, sino de la misma filosofía política.

Lo que ha intensificado la crisis, al mismo tiempo de encubrirla, es precisamente el sistema de recompensa occidental, un sistema que premia al intelecto por la traición al intelecto como tal. El anticomunismo es una negación pura. "La principal función del anticomunismo entre los intelectuales occidentales es hacerlos más felices con la actual sociedad, cambiarlos de intereses políticos a intereses culturales, y contentarlos con la provincialización de sus intereses." Mills veía la creciente privatización de la vida intelectual, "la identificación de la satisfacción con el cultivo de la vida privada", como el símbolo perfecto de *status* de decadencia. Tampoco consideró al socialismo como una *antipolítica*, como una moralidad virginal norteamericana; tampoco que fuera una verdadera confrontación con los sucios problemas de la vidasocial. De hecho, consideró que en los Estados Unidos el socialismo había degenerado a una "postura más

bien cobarde". Pues le permite al intelectual norteamericano "asumir una posición moral noble y entristecida, que no requiere que uno confronte los verdaderos dilemas morales del mundo". Mills consideró que el socialismo como moralidad pura es la cumbre de la inmoralidad, porque nunca confronta al pensamiento con la necesidad de actuar; y de hecho, niega la necesidad de acción a través de un proceso inhibitorio: aquel proceso que no cumple con las normas de la doctrina es por definición un demonio en la tierra.

El socialismo es meramente una doctrina moral y no requiere atención a los medios de acción, a una retórica o ideología usable o a una teoría de la sociedad. Es el callejón sin salida del intelecto y moral de utilitarismo de la vieja izquierda. Cualquier cosa a la que se llame nueva izquierda deberá ser mucho mejor que eso. De otra manera, sería más honrado olvidarlo todo y buscarse otro trabajo.

Pero la política que hace la sociedad se ha privado a sí misma del mecanismo del pensamiento político. Mills no da explícitamente los mecanismos a través de los cuales este fenómeno se registró, mucho menos cómo devino. Ni por lo mismo hizo mención de los límites jurídicos de la coerción en una democracia. No explicó la relación entre "la necesidad de comprometerse" y "la política de la verdad", o *por qué* la cultura reemplaza a la política y el *status* sustituye a la clase en el mundo fluente. Las partes no escritas de *The New Left*, presumiblemente habrían llenado tales lagunas.

Sin embargo, la descripción de Mills de los componentes funcionales en la decadencia de la política en el Oeste ofrece directrices significativas para rectificar asuntos. En la sección designada como "El colapso de la Ideología", Mills presenta un cuadro que ve el "fin de la ideología", no en términos de celebración de un estado de riqueza no ideológico libre de problemas, sino en términos sociológicos más sobrios. El sintió que el fin de la ideología no era en sí mismo una *pose* ideológica, sino, con mayor propiedad, una "media teoría". Todo depende de donde uno parte de este reconocido estado de negocios en occidente. Señala cuatro hechos concurrentes que llevan al colapso del pensamiento social liberal:

Primero, las agencias históricas de cambios las sociedades democráticas capitalistas han sido un arreglo de asociaciones voluntarias que devinieron en meollo de un sistema parlamentario o congresional. Estas agencias voluntarias funcionaron para cada clase social, y cada subgrupo dentro de una clase. Pero, en la actualidad, éstas se han secado, con un hacer-política de *élite* que sustituye a cualquier actividad generativa que provenga de

la base. Segundo, junto con el colapso de las agencias históricas de cambio ha tomado lugar un endurecimiento de las arterias estructurales de tiempos anteriores. Las viejas estructuras vienen a ser vistas y a verse a sí mismas, como eternas, precisamente al grado que han permanecido sin desafíos. En esta esfera, el liberalismo, con sus teorías de armonía y equilibrio, provee el pegamento ideológico del *statu quo*. Tercero, y aquí Mills extrae de formulaciones previas hechas en *Power Elite*, está claro que para hablar acerca del colapso de las agencias de cambio social y político no es decir que tales agencias existen. Por el contrario, los medios para hacer historia, de decisión y de fortalecimiento de las decisiones, nunca en la historia mundial habían sido tan variados y ni estado tan a disposición de tan pequeños círculos de hombres en ambos lados del frente de la guerra fría. Cuarto, una agencia independiente potencialmente capaz de iniciar un cambio social, el intelectual, ha sido absorbido por el Establecimiento (Los Científicos Excéntricos), ajenos a la política como tales (Los Críticos de la Sociedad de Masas), o funciona de una manera no política —aun cuando la política sea importante (Los Altos Académicos).

No es que “la crisis en el liberalismo” de Occidente no tenga su equivalente en Oriente. Claramente, el *Soviet Journal* establece que Mills buscó en vano las agencias promotoras de cambio social que quebrarían o pudieran quebrar la moda Establecimentaria. A pesar de ello, Mills sintió que si fuera un asunto de la Unión Soviética contra los Estados Unidos, la primera tenía ventajas auténticas. Primero, tiene una economía razonada y razonable basada en crecimiento planificado con planeación. Segundo, tiene una *intelligentzia* orientada hacia tareas y victorias futuras. Y tercero, tuvo una ciencia política y una ideología política basada en una industria a gran escala y no en empresas a pequeña escala ni en asociaciones voluntarias. Así que si el “Gran Encuentro” estuviese determinado exclusivamente por el capitalismo norteamericano y el comunismo ruso, habría poca duda de que el comunismo emergiera victoriosamente.

Pero ni la sociedad consensual está capacitada a levantar el nivel general de la economía mundial, ni la sociedad coercitiva está para levantar el nivel de la humanidad del mundo. La Tercera Guerra Mundial era precisamente ese suceso empírico que transformó *The New Left* de sueño a realidad. La emergencia de las naciones y sistemas sociales que se llaman a sí mismos socialistas y al mismo tiempo “no comprometidas” políticamente, representaban para Mills “nuevas clases de estructura social con nuevas clases de ideologías y formas innovadoras”. Y Mills no tenía dudas al respecto que consecuentemente el marxismo proliferaría aún nuevas variedades y especies. Paradójicamente, esto preservaría el contenido cen-

tral del liberalismo —el diálogo sin lastres entre diferentes puntos de vista. Mills pudo haber añadido que en Occidente también se habían perfilado nuevas formas. Naciones tan adelantadas como Suecia e Inglaterra, enseñaban fuertes divergencias con el Goliat norteamericano— a pesar de su incorporación económica general dentro de las naciones del bloque capitalista. La esperanza de Mills se centraba en los países pre-industriales fuera de cualquier bloque. Aun cuando algunos se inclinaban hacia la democracia capitalista y otros hacia el comunismo como economía política, ellos mostraban capacidad y voluntad de independencia y experimentación, la cual se reflejaba en la postura política entera del no compromiso. Este proceso se ha intensificado, por cierto, desde la muerte de Mills. En el bloque soviético está el cisma entre China y la Unión Soviética. En Occidente, el cisma se encuentra entre Francia (y probablemente en Europa Occidental misma) y los Estados Unidos.² En la Tercera Guerra Mundial hay un rompimiento general de las prácticas y premisas de la guerra fría, y una voluntad de aceptar los costos tanto como los beneficios de cambios auténticos en la estructura social.

Lo que preocupaba a Mills, y lo que permanece sin resolver en *The New Left*, es la función de naciones tales como Venezuela y Cuba. Véía a Venezuela como la perfecta cristalización de la política exterior norteamericana y la política económica; y a Cuba como crecientemente enfrentada con la necesidad de tomar decisiones pragmáticas en favor de un aliado de Rusia poco menos que confiable —sin interesar el grado en que la ideología política cubana permaneciera independiente. Mills presentó sus dudas en una serie de dilemas que permanecieron en su mayoría sin contestación. El primer dilema que Mills ve se refiere a su interés inicial en la sociología del conocimiento. En una afirmación anticipada, señala que hay una “distinción entre lo que los hombres se interesan y, por otra parte, lo que es de interés para los hombres de acuerdo a sus ideales”. Mills sintió que un problema central en liberalismo clásico y marxismo clásico es que ambos están en favor de lo que una *élite* considera que son los intereses de los hombres.

Ambos resuelven el dilema con una esperanza, actuando de acuerdo con los intereses de los hombres. Uno espera que en debido curso, a la larga, estos hombres se interesarán en ello. Esta es la esperanza implícita en Marx (y ¡John Stuart Mill!): que una clase en sí devendrá en una clase para sí. Lo que hizo Lenin fue acelerar el proceso, ayu-

² El presente ensayo fue escrito antes del reconocimiento de China Popular por parte de Francia. (Traductor.)

darlo. De hecho, su "voluntarismo" está basado sobre una creencia de su "inevitabilidad". Tomó parte en la historia: a) Para incrementar su tiempo, y b) Para combatir la pereza de las fuerzas contrarias; principalmente los esfuerzos de la democracia social para esperar un poco.

Mills consideró que el problema de la sociología política era profundamente ético. En un ensayo antiguo sobre "The Problem of Industrial Development" (El Problema del Desarrollo Industrial), claramente buscaba una extensión en *The New Left*; esto aparece en términos de las esperanzas que los hombres tienen. Éstos están interesados en los frutos del crecimiento industrial. El hombre político deberá por fuerza estar interesado en los costos de tal crecimiento. Cuestiones tales como el trabajo de quien va a ser invertido, a qué ritmo, con qué clase de ayuda del exterior, a costa de cuáles libertades personales, etc., todas ellas son cuestiones cruciales para la sociología política, y no en menor proporción para la moral política. Al momento de su muerte, Mills estaba dando considerable importancia a este asunto —su lectura de Myrdal, Strachey, Baran, y de todos aquellos que buscaban en el desarrollo económico comparativo, avalan su creencia de que *The New Left* emergería prácticamente en las áreas de desarrollo, y que la tarea de los intelectuales en las áreas desarrolladas del mundo era ayudar en este trabajo hercúleo, proveyendo una teoría científica del desarrollo social. Los Estados Unidos se han autoestrechado: sacrifican el crecimiento para mantener una estructura política y económica en decadencia. Por su parte, el estrechamiento de la Unión Soviética está en que ha sacrificado su libertad política a la obtención de la provisión de artículos económicos. Era fuera de estos bloques donde la síntesis social era realmente posible.

Esto no significaba que no hubiera tareas para la izquierda en los Estados Unidos. Mills era muy norteamericano. Intentó en el penúltimo capítulo (y el menos desarrollado) de *The New Left*, ofrecer algunos problemas con los cuales cualquier movimiento futuro de izquierda en Norteamérica debía considerar conscientemente y con honestidad —comunismo y pacifismo—. Sus observaciones sobre el comunismo norteamericano, eliminaron la posibilidad de que fuera una fuerza muy significativa en los años venideros. Y ni así excluyó la posibilidad de que al emerger una nueva izquierda pudiera crecer el tamaño de la facción comunista y que necesitara una reconsideración de tales problemas como un frente unido, la necesidad para una falange en contra de los comités del congreso, etc. Sorpresivamente Mills no consideró la posibilidad de que los "viejos bolcheviques" fueran asimilados por los "jóvenes turcos" —como de hecho

lo fueron en países tales como Cuba y Yugoslavia—. Probablemente pensó que tal consolidación de la izquierda sería una consecuencia y no un preludio a un levantamiento revolucionario social. El segundo punto sobre una izquierda norteamericana es de lo más interesante, considerando que una crítica frecuente era la de que “Mills era un hombre obsesionado por el poder”. El decía que la resistencia de la no violencia no era solamente un conjunto de valores, ni meramente uno de técnicas, sino un nuevo método de hacer historia —probablemente el más radical desarrollado hasta la fecha—. Se le puede adherir y practicar como un principio o simplemente como táctica en donde uno cree que será efectivo. Sin embargo, Mills levanta una objeción al pacifismo como principio exclusivo o suficiente. “Pero, ¿cómo reconciliar al pacifismo como principio con el derecho a revolución de las Cubas de este mundo? Bajo una tiranía como la de Batista, no creo que algo pueda resultar de acciones del tipo de Gandhi —solamente la muerte sin significado o efecto.”

Llegando a una nota predicativa de notable profundidad, Mills se dirigió a la relación del pacifismo y violencia en el Sur. Esta es una declaración importante, no simplemente por su contenido, sino porque es una de las pocas veces que Mills trató con la cuestión negra como fundamental para los norteamericanos. El mismo problema de la violencia y de *The New Left* puede llegar a ligarse con los movimientos negros del *sit-in* en el Sur. En uno o dos años, ¿qué harán los negros, qué harán ellos y los que se sienten con ellos? ¿Qué haremos si los rufianes blancos disparan contra los tugurios negros? Si bien no ofrecía respuestas a tales cuestiones (cómo podría si es hasta ahora que los líderes negros están tomando el asunto bajo consideración), sus conclusiones hechas a los norteamericanos dejan manifiesta la posición que al menos un tejano tuvo:

Somos hombres libres. Por lo mismo, debemos aceptar nuestra herencia seriamente. Debemos dilucidar los peligros que la amenazan. Debemos defender las libertades civiles durante el tiempo suficiente para usarlas. Debemos intentar darle contenido a nuestra democracia formal, actuando dentro de ella. Debemos interrumpir nuestros chillidos acerca de nuestra enajenación durante el tiempo necesario para hacer críticas formales, programas audaces, futuros enfoques rectores. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién?

Los dos temas más reveladores en *The New Left* desde el punto de vista del desarrollo personal de Mills como intelectual, como hombre de ciencia social y como humanista, vienen en el prefacio y en una posdata. Ambas afirmaciones son altamente relevantes. La primera, como indicador

de la peregrinación que Mills hizo de *The Power Elite* a *The New Left*; la segunda, como una declaración de intenciones intelectuales finales:

Se ha dicho en tono de crítica que estoy demasiado fascinado por el poder. Esto no es, en rigor, verdadero. Es el intelecto lo que me ha estado fascinando y el poder en su conexión con éste. Es el poder en el intelecto y el poder del intelecto lo que más me fascina —como analista social y crítico cultural.

Subrayando este punto, al final se encuentra una breve descripción de los aspectos intelectuales de la crisis actual en las relaciones humanas, reminiscencia del ensayo introductorio a *Images of Man* del propio Mills:

Los más reveladores aspectos *intelectuales* de nuestra crisis son las condiciones y prácticas de problemática social y la reflexión; en particular el abandono de la tradición clásica del pensamiento sociológico. Hay una fructuosa discusión en estos días de las humanidades contra las ciencias naturales (en la Unión Soviética está adquiriendo perfiles de una controversia entre físicos y poetas sobre el tipo del hombre soviético). Pero en Occidente, y ciertamente por partida doble en los Estados Unidos, no ha habido una discusión apropiada de las ciencias sociales como un problema político, como problema de los hacedores de política. El hecho escueto es que si no desarrollamos teorías sociológicas más adecuadas sobre el carácter de las variedades actuales de los sistemas sociales, sobre la forma en que la historia se hace y extiende ahora, entonces las variedades del marxismo llenarán el vacío por abandono.

Mills no tenía la intención al hacer estas observaciones de convocar a una cruzada antimarxista. Aún más, él profundamente creía que si bien el marxismo era una parte fundamental y básica de la tradición clásica de la ciencia social, era solamente una parte, y no el todo. Como tal, sentía la necesidad siempre penetrante de ir más allá del marxismo. Él había "arreglado cuentas" con *The Marxists* y había ofrecido una relación sobre las realidades políticas en Este y Oeste en *The New Left*. Lo que quedaba era una profundización del conocimiento científico acerca del mundo. Y en un proyecto de muchos volúmenes en *Comparative Sociology*, puso su mira en un *magnum opus* que levantaría la teoría social a la categoría de ciencia. Las obras de G. D. H. Cole sobre la historia socialista, de E. H. Carr sobre la historia política rusa y Joseph Needham sobre la civilización china, lo convencieron de la necesidad de un formato enorme si no quería que su voluminosa sociología resultara superficial y poco convincente.

Comparative Sociology fue una ayuda que Mills dio a un proyectado “estudio comparativo, de seis a nueve volúmenes, del alcance mundial de las estructuras sociales actuales”. Para pérdida lamentable de la sociología, Mills nunca fue más allá de unos pocos y escogidos bosquejos de este panorama. Crítico, como fue, de la tradición oracular de Toynbee, Sorokin y Spengler, apreciaba la visión subyacente que los movía: entender al hombre en sociedad, entendiéndolo en la historia. Lo que movía a Mills a creer que la empresa merecía las energías necesarias para su realización, era una tradición recurrente, básicamente inglesa, que permitía bordar los mismos patrones de la historia social con puntadas empíricas firmes. Mills era todavía lo suficientemente empírico para evitar la magnificencia del teorizar, lo cual, aunque útil como abstracción, siempre fue inoperante como expresión concreta de la realidad social.

Las lecciones que dio en *The London School of Economics* en 1960 proveyeron a Mills de un punto de partida para *Comparative Sociology*. Especialmente significativas para él, fueron las distinciones entre la “era moderna” o la “tercera época” y la “era postmoderna” o la “cuarta época”. La Ilustración era simbólica y aun sintomática de la Tercera Época. De ahí salieron las ideas de la racionalidad económica (o socialismo, en sentido amplio) y el liberalismo político (o democracia, hablando con la misma amplitud). Pero la Tercera Época propiciaba la Cuarta Época por las aparentes incompatibilidades de las dos nociones ideológicas fundamentales. Rousseau, Marx y Weber parecían ofrecer la paradoja en términos macizos: una creciente racionalización no puede considerarse como conducente a una creciente libertad. La existencia de la enajenación entre los trabajadores, de la ansiedad entre los profesionales, y de la anomalía entre los sectores medios, invalidaban el periodo “moderno”. El precio de la racionalidad no carece de una suspensión de la libertad (socialismo y capitalismo burocratizados), ni tampoco el precio de la libertad carece de racionalidad —de la sociedad en desarrollo balanceado.

Así, en Occidente (y aquí Mills nunca se decidió si incluir o no la Unión Soviética en “Occidente”, y si lo hizo, específicamente hasta qué punto) hay un racimo de asuntos que son “de la época” por su carácter. Y Mills veía que esta obra de varios volúmenes remolcaba una teoría de la historia no unilineal sino multilineal. Cada región importante del mundo tiene su forma histórica propia de desarrollo. En el siguiente comentario puede verse qué tan extensiva salida hace Mills de la teoría del materialismo histórico:

En el curso del estudio del contorno histórico de cada región del mundo, el impacto de las regiones ajenas debe ser hecho aparente, pero hasta grados muy variables. Mi argumento es que la necesidad de un análisis histórico varía grandemente en importancia según sea la naturaleza de la estructura social que estamos intentando entender y explicar.

La historia debía ser vista en términos de sistemas sociales macrocópicos y no en sistemas sociales en términos de historia —como uno encuentra en los grandes historicistas, desde Marx a Toynbee—. Tal cosa emerge de las dos preguntas fundamentales que Mills cree que deben ser hechas por el sociólogo:

¿Cuál es la naturaleza de nuestra época y cómo la podemos definir óptimamente para estudiarla? En resumen, ¿cuáles son las tareas de la teoría de la historia y cómo podemos usar ésta para delinear la estructura del presente mundo y del pasado? ¿Cuáles son las unidades principales de la estructura social mundial y qué tan bien podemos definir las? En resumen, ¿cuáles son las tareas de una ciencia social comparativa y cómo podemos realizar un inventario comparativo?

En seguida Mills se enfrentó al problema de ¿qué es lo que iba a ser comparado y contra qué? Asimismo, ¿cuál sería el criterio de la selección? Como solución a este problema, recurrió a la obra de la nueva “escuela de Chicago”, y fundamentalmente a la brillante Sylvia L. Thrupp, quien era miembro fundador de los *Comparative Studies in Society and History* (Estudios Comparados de la Sociedad y de la Historia). La idea de una Sociología Comparada, tomada prestada de la Anatomía, dio nuevo entusiasmo a la clase de ciencia social que Mills vio como necesaria en el caso de que un nacionalismo debilitante y provinciano apareciera. Esto se acomodaba bien con la clase de análisis histórico weberiano del carácter social que ofreció Hans Gerth en un periodo antiguo de la formación intelectual de Mills.

Lo que se necesitaba era una manera de romper la arbitrariedad, no simplemente de la explicación etnocéntrica de la historia basada en prestigios nacionales; sino también la explicación de la historia que en alto grado de abstracción y generalidad eran a lo sumo “tipologías ideales” con fuertes sesgos subjetivos. La razón de que *Comparative Sociology* tuviera varios volúmenes, era precisamente evitar el construir tipos ideales que son de mínima relevancia científica, y que son, a lo más, artificios heurísticos para hacer que los hombres actúen de cierta manera. Por lo tanto, el análisis comparativo de Mills empezaría por tomar áreas escogidas: de-

mografía, producción económica, formas de dominio social, etc., y proveer un inventario exhaustivo de áreas selectas, y no una área exhaustiva con un inventario selecto, tal y como era el carácter de la tradición oracular historicista.

El primer volumen intentaba proveer información sobre todo lo que pudiera ser dicho sistemáticamente acerca de la fachada de todas las regiones del mundo. Era un prolegómeno necesario el agotamiento del conocimiento estadístico y sistemático para establecer clasificaciones claves y tendencias generales. Mills intentaba manipular cien naciones en términos de "sistema de áreas" parecido al propuesto por Woytinsky en sus magistrales investigaciones demográficas. Este "sistema de área" iba a ser apuntalado por un estudio de dos fases: la transformación de ruralismo a urbanismo en cada área, y los pivotes revolucionarios y principales cambios en cada área. Qué es lo que haría posible esta clase de inventario exhaustivo del hombre en desarrollo, es la premisa teórica de que lo que sucede en una nación inmediatamente repercute poderosamente en las naciones de alrededor y que están dentro de una región común. Presuntivamente, Mills creía que el dicho popular de que "cuando Francia estornuda Europa tose", era susceptible de ser ampliado. De tal manera que cuando China se despereza los países del sudeste asiático hacen algo más que observar simplemente. De verdad, la fusión del enracimamiento geográfico, étnico y lingüístico necesita considerablemente una ampliación antes de que se establezca su utilidad analítica. Pero la validez del intento, cualquiera que fuera el resultado, es incuestionable. Sería, de acuerdo con Mills, la primera incursión fuera de la "sociología norteamericana" u "occidental" y dentro de una "sociología mundial".

El relativismo cultural de Malinowski y Benedict en la antropología fue un esfuerzo primitivo en la dirección de una ciencia social no etnocéntrica. Pero ya que para Mills, que permaneció abrumado por los compromisos ideológicos e intelectuales de Occidente, esta incursión fue parcial e intrínsecamente limitada, v.gr.: el estudio de las relaciones de parentesco en un pequeño pueblo del Amazonas fue exhaustivamente hecho, mientras que el nordeste entero del Brasil, que está fermentándose revolucionariamente, no fue examinado. Las frecuentes alusiones a la obra de Lint, Kroeber y otros antropólogos, indican que Mills no ignoraba las posibilidades que la antropología cultural abría en el estudio de las regiones del mundo. De la misma forma, su creciente interés en problemas geográficos, demográficos y especialmente económicos, subrayan la creencia de Mills de que una sociología comparada era de veras posible, si bien es cierto que no inevitable.

El otro volumen que Mills había bosquejado, aunque en forma preliminar, era uno que tomaría temas sociológicos selectos tal y como se manifestaban en las "cuatro épocas" (antigua, medioeval, industrial y post-industrial); y en términos de "sistema de regiones" (por áreas continentales, por bloques de poder, Occidentales, Comunistas y Tercer Mundo), y en términos de desarrollo económico (subdesarrollados, desarrollados y sobredesarrollados). Las variables precisas que él vislumbró como necesarias para el estudio son: *a*) Esferas de símbolos; *b*) Formas ascendentes de comunicación; *c*) Ayuda pública y servicios sociales; *d*) Horizontes del mundo, v.gr.: feudo, nación, cosmopolita, internacional; *e*) Alcances del poder político; *f*) Autoimágenes societarias (Dios, Razón, Burocracia); *g*) Papel y relevancia de los intelectuales; *h*) Tipos de personalidad; *i*) Formas de legitimación; *j*) Y finalmente, tipos de ansiedad y problemas psicológicos. Uno solamente puede hacerse conjeturas de lo que Mills hubiera hecho con su "sociología de la época". De momento, puede resultar útil bosquejar la posición de Mills en la implicación metodológica de tal enfoque.

La idea de una época, tal y como Mills lo apreció, es una construcción. Como se sugiere, es una manera de pensar acerca de la sociedad contemporánea y acerca del lugar de esta sociedad en el curso de la historia. De hecho, es una idea de lejano alcance, porque si se toma seriamente, requiere que el científico resuma los eventos pivotaes y las tendencias decisivas que caracterizan la sociedad contemporánea. Y algo más que eso, hacerlo de tal manera que se aclaren las formas en que esta sociedad difiere de otras épocas. Esto significa que la construcción de una época puede evitar ser ubicada, como tiempo, dentro de un enfoque o aun una teoría de la historia humana como un todo. Mills es específico en su recomendación en este punto:

Los eventos externos y las tendencias históricas no son suficientes. Para apoyar nuestra afirmación de que estamos verdaderamente empujados a una nueva época de la historia humana, requiere, primero, que mostremos un cambio de dirección o una modificación en los rodamientos psicológicos en la biografía y carácter individuales; y segundo, con mayor razón, intelectualmente, debemos demostrar que las mismas categorías de explicación que sirvieron para orientar al hombre en épocas pasadas no son satisfactorias para la época presente. Este es el hecho que probablemente sea central para definir una época. Pues la explicación en que se apoyan los hombres, les prepara lo que esperan y lo que desean. Y es por medio de "lo que desean" como podemos entrar al significado de una época de valores humanos y psicológicos.

Es significativo notar el grado al cual el concepto de esperanzas humanas llegó en el pensamiento sociológico más avanzado de Mills. Su obra inicial, en realidad tendió a considerar como un hecho las potencialidades y anhelos psicológicos. El lugar de las ideas en la definición de una época, según los escritos finales de Mills, recuerda el trabajo de Wilhelm Dilthey sobre la función de categorías generales ideacionales al definir la *Geisteswissenschaft*, y la obra de Mannheim sobre los "estilos de pensamiento" al definir la *Zeitgeist*.

Una época puede ser definida en términos de un conjunto de principios que se filtran por toda una sociedad, que la definen como una totalidad, y que persisten de una u otra manera. Hasta donde persisten, es lo que limita históricamente una época; que tan lejos alcanzan a filtrarse en la sociedad, es lo que limita estructuralmente la época. Por principios, yo entiendo una forma de explicar los episodios y eventos que fabrican el contenido histórico de la época, así como los tipos de integración, los estados de ánimo y sentimiento, las aspiraciones y los pensamientos, que hacen el contenido psicológico de numerosos individuos. Sobre todo, una época puede ser definida en términos de la característica de una sociedad, que sea históricamente más poderosa; que parezca ser el centro del cual los cambios nacen: el centro de la iniciativa histórica. Cuando lo que está sucediendo en el mundo social y que se siente y se piensa ampliamente, ya no puede ser explicado satisfactoriamente por los principios recibidos, es el momento en que termina una época y se necesita definir otra nueva.

El interés profundo y duradero de Mills en la sociología del conocimiento, en el estudio del aparato ideológico y utopista que guía a la conciencia de la sociedad y conciencia de los intereses, se refleja en las consideraciones del problema de la época social. En esto, su discusión final del problema máximo en la teoría social, Mills alcanza alturas sociológicas y literarias que alientan conjeturas sobre lo que hubiera producido en su obra cumbre. Su discusión permanece como una descripción poderosa de las relaciones entre el cambio social y la conciencia humana:

Los hombres se dan cuenta con agudeza del cambio histórico, solamente cuando ocurre dentro del corto trecho de una generación o dos. Pero aun cuando las condiciones de la vida diaria cambian rápidamente, aun cuando ellos pueden ver que sus críos se enfrentan a un mundo que ellos como niños nunca se enfrentaron, llegan a regañadientes a una conciencia de los cambios de la época. La velocidad del cambio, sin embargo, no requiere ser revolucionaria, aunque en nuestra generación lo haya sido. No necesita ser violento o repentino, aunque en nuestra generación lo haya sido. Algo más que el puro hecho del

cambio rápido, se necesita. La mayor parte de los hombres no sienten hondamente ni están afectados completamente por el hecho de que desde la Segunda Guerra Mundial Asia se hizo presente de nuevo en los negocios del mundo, que desde la Segunda Guerra Mundial Rusia ha demostrado al mundo una forma alterna de industrialización —la primera desde el siglo diecisiete—, que la larga ascendencia de forma británica ha terminado decididamente, así como la veintena de otros hechos pivotaes del presente mundo. Se necesita cierta imaginación y cierta memoria para arañar algo del significado de estos cambios antes de que el significado se cuele en vuestra vida diaria y que ustedes se vean empujados a una guerra o sean precipitados a una crisis económica, o sean ultimados a creer en otras creencias u odiar nuevos enemigos. Algo más que cambios azarosos, aun aquellos rápidos y prolíficos y casi totales como los de nuestra generación, se necesitan para la plena conciencia de la época.

Algunos hombres tienen la memoria más extensa y más imaginación que otros. Están enterados de un ambiente diario más amplio, y creen entender más de su propio tiempo. Tales hombres están propensos a intri-garse más allá del simple encogimiento de hombros, cuando el cambio histórico aprieta el paso. Se intrigan porque sus explicaciones se quiebran; es cuando sus esperanzas se precipitan y en ocasiones se intrigan aún más: se desorientan. Esto significa, que aquellos que tuvieron esperanzas, aquellos que pensaron que podían explicar lo que sucedía en el mundo, llegan a convencerse de que no pudieron y, por lo tanto, están obligados a sentir en sus costados una nueva época en surgimiento. Y es en términos de ideología que tales hombres se enteran de la crisis; cuando estas crisis son más que parciales, cuando su visión entera de la vida se revuelve, experimentan ansiedad. De tal ansiedad se levanta la conciencia de la época.

Por debajo de la ansiedad de los hombres con ideología, y del fetichismo de los hombres sin ella, hay algo más que dificultades personales y hay algo más que confusión ideológica frente al cambio. Puede haber dificultades y confusiones, pero, a su vez, no brincan solamente de las biografías individuales. Estas biografías, el plan de vida y la vista ideológica de lo que las cosas son, de varias e intrincadas maneras configuran una parte intrínseca de la estructura de la sociedad. Subyacente a la conciencia del cambio de la época, por abajo de la ansiedad y confusión y de la perplejidad que la indica, hay cambios en la misma estructura de sociedades enteras, y esto dentro de la entera época moderna.

Este es, entonces, el último punto alcanzado por Mills en su descripción del mundo, y no en menor grado de su personal desarrollo intelectual. Percibió una gran verdad rusoniana: que el desarrollo verdadero involucra costos sociales reales; cada penetración de la niebla de la ideología crea nuevas formas de ansiedades sociales, y cada visión ilusoria de la paz del mundo se compra al precio de conflictos sociales.

En estos últimos y agonizantes años, Mills se encaminó a los secretos abiertos de la sociedad. Declaró, cándidamente, el surgimiento de un *Tiers Monde*, descubrió la corrupción interna de la política disuasiva norteamericana, vio la horrible verdad de que solamente los soviéticos parecían estar desesperadamente en necesidad de emular el sueño norteamericano de un mundo de afluencia de consumidores, él demostró que la fisura en la "tradición clásica" ocurre cuando los hombres de conocimiento se vuelven lacayos de los hombres de poder. Alexander Herzen escribió en alguna ocasión que "uno necesita mucho valor para hablar en voz alta, decir las cosas que secretamente son conocidas por todos". Mills tenía tal clase de coraje. Su audacia descendía de su capacidad de organizar y clarificar lo obvio. La cobardía de su era está definida por su capacidad de hacer trivial y ofuscar lo obvio. Por esta razón, los escritos últimos e inconclusos de C. Wright Mills deben ser vistos, él mismo los vio, como parte de su lucha científica en marcha, entre la clarificación y la manipulación, o, si se prefiere, la lucha faustiana entre la tribulación moral y la traición inmoral.

Que Mills tuviera la habilidad estructural para recoger todas las imágenes que forman una construcción social, política e histórica del mundo moderno, es un punto que permanece controversial. La muerte a la edad de cuarenta y cinco años ha decretado que no se le pueda dar respuesta a pregunta tal. Pero si él hubiese sido capaz de levantarse a las alturas del análisis social y síntesis históricas, es probablemente menos importante que su vehemencia para intentarlo. Mills sostuvo que este mero intento era "una de las autodisciplinas importantes". La honestidad intelectual que caracterizó la carrera de Mills nunca fue más urgentemente necesitada. Probablemente el enjuiciamiento final sobre la voluntad de Mills, diga: He aquí un hombre cuya integridad hizo más fácil para el resto de nosotros tenerla, y he aquí un hombre cuya honestidad hizo más fácil para el resto de nosotros ser honestos.

(Traducción de Eugenio Guerrero Güemes)